

ligado al movimiento emancipador de las colonias españolas, en una obra como la presente no puede pasar inadvertida.

La ausencia de ilustraciones resta vivacidad al relato.

El trabajo de don Eulogio Rojas Mery no desmerece por las pequeñas observaciones que he formulado. Está escrito con fervoroso entusiasmo; con estilo claro y preciso. Y es, ciertamente, una efectiva contribución a la historiografía americana.—O. BARROS B.



JUVENTUD Y BOHEMIA.—*Memorial de una generación estudiantil*

Los médicos tenemos más que sobrados motivos para buscar en la literatura y en el arte en general, una válvula de escape a las angustias de la vida cotidiana. Vivimos palpando, escuchando, sintiendo el dolor humano. Nuestra actividad mental sufre, a su vez, el apremio del minuto, la angustia del tiempo, en las fronteras de la vida y la muerte. Escribir, para muchos es un desahogo y a la vez un placer. Queremos tener comunicación con un mundo que recibirá las elucubraciones de nuestra mente, con más o menos simpatía, según sea la calidad de la intención que encierren.

Este afán generoso, ha movido la pluma de nuestro amigo el Dr. Humberto Vera, para dar a conocer la pintoresca vida de los estudiantes de medicina de hace 30 años. Los que fuimos actores de aquella época romántica, al conjuro de los hechos narrados por el autor, vemos surgir nuestra juventud como una rosa fragante de recuerdos. Señalado por los dioses para guardar los preciosos documentos de aquel tiempo, Humberto Vera, cosa rara en un muchacho lírico, fué archivando papelès y fotografías, para entregarnos hoy, cuando nuestras melenas tienden a la blancura de la paz, su «Memorial de una generación estudiantil».

Todos podríamos aprovechar de este libro, los hechos generales tan bien descritos, para hacer nuestra propia novela. La

vieja Escuela de Medicina con sus maestros admirables, los héroes anónimos, es decir los empleados de la sala de disección, la casa de pensión, la Federación de Estudiantes, el Centro de Estudiantes de Medicina, las fraternidades de estudiantes y las Fiestas de la Primavera, todo aquel conjunto alegre, generoso, despreocupado que constituyó la bohemia estudiantil.

Numerosas son las anécdotas de la vida estudiantil, que relata; veamos algunas: «intervino también la policía, para hacer retirarse a un grupo de músicos (estudiantes) que, embrujados por la luna y acaso bajo la acción concomitante de algún filtro perturbador, de esos que solían ingerir en sus reuniones, se pusieron a dar una romántica serenata a los difuntos, en las propias puertas del Cementerio General».

¿Quién no recuerda el milagro del abrigo y de los chalecos que permanecían nuevos a pesar del tiempo? «En calidad de obsequio paterno le llegó a un estudiante, un comfortable abrigo. Con este abrigo ocurrió el prodigio de que siempre se conservara nuevo. Apenas su dueño se lo ponía, venía un compañero a pedirselo para pignorararlo. Pensaba en la Agencia; era una aparcería, una póliza de seguro colectiva contra la falta de fondos».

¿Qué estudiante de aquellos tiempos no hizo o participó inocentemente de un «perro muerto»? La policía carecía de fueros y con los pobres pacos se podían los muchachos chacotear. Humberto Vera narra un «perro muerto» de doce poncheras, en complicidad con un oficial de policía amigo; en todo caso era una aventura emocionante. «Yo recuerdo todavía el furioso silbar de la fusta de un pobre cochero a quien un compañero le hizo «perro muerto», lo que vine sólo a saber cuando me obligó a bajarme sobre andando al mismo tiempo que gritaba al auriga las consabidas palabras.

No faltan en el libro, que a pesar de documental, es liviano y alegre, sus consideraciones filosóficas. Refiriéndose a los médicos egresados el año 1915 dice: «Lamentábanse todos de la mala suerte de tener que salir a la vida profesional en una época

de crisis, como la que se pasaba a consecuencia de la guerra mundial. No valía la pena quejarse; ha transcurrido desde entonces más de un cuarto de siglo y la crisis no cesa. No se ve otra esperanza de salir de ella sino junto con la vida».

El autor era uno de los conspicuos miembros de la Fraternidad denominada «El Camarón con Hipo» y a juzgar por el acopio de detalles, su cronista oficial. Nos da en su libro, una elegante versión mitológica de su origen, pero más adelante el historiador y humorista que hay en él, da la prosaica y escueta versión de la fundación de esta alegre sociedad que tanta influencia tuvo sobre el espíritu de la juventud de aquellos tiempos. Hay también un párrafo para las compañeras de los camarones, musas o bacantes, que alegraron episódicamente sus vidas. «Vióse honrada, una vez que otra, esta casa, con la frecuentación de distinguidas damas que harán bien en no ofenderse si aquí se las recuerda. ¿Qué habrá sido de ellas, para quienes la vida semeja una empinada cuesta, que, cual mitológico suplicio, simultáneamente han de repechar con dolor y descender hasta el abismo? Dónde estarán la Rosa Pitrilla, revoltosa y levantisca; Rosa Talma la sensual, pero de mirada torva y continente patibulario, capaz de dar a cualquiera una puñalada a sangre fría; la Gioconda que alojaba el agua oxigenada en sus cabellos, la loca fantasía en sus pensamientos y el retorcido treponema en sus cuerdas vocales; la Marisunja infantil y juguetona, toda simpatía; y Esmeralda, alegre cascabel, pero discreta, distinguida, señorial? Que el destino haya sido benigno con vosotras, que unisteis al Camarón vuestras gracias juveniles y pusisteis en su copa la alegría del vivir».

Aquella generación de estudiantes, que Vera describe hasta el año 1916 y que yo prolongaría hasta el año 1920, fué la de los últimos románticos. Todo lo que después hicieron los estudiantes en la esfera social, llegando hasta el martirologio, estaba vagamente delineado o en germen. Palpitaba ya en todos nosotros una inquietud social y tras la mascarada intrascendente, se vis-

lumbraban los valores estudiantiles que más tarde habrían de marcar rumbos definidos en la política del país. Recordemos entre otros, a los estudiantes: Santiago Labarca, Federico Carvallo, Domingo Gómez Rojas, Juan Gandulfo, Pedro León Ugalde, Alfredo Demaría y tantos otros.

Las sensaciones experimentadas por el autor del libro, son expuestas en forma concisa y brillante, lo que nos hace exclamar muchas veces al recordar los hechos pasados: —«Esta es la exacta interpretación y no se me había ocurrido».

El paseo que el Centro de Estudiantes de Medicina hizo el año 1916 a la ciudad de Concepción, es un feliz ejemplo de lo expresado anteriormente. «Al rememorar aquel viaje, se experimenta la sensación de que todo ello no hubiese sido más que un grato sueño, o de que se hubiese participado en una apoteosis, en un triunfo. Nada faltó en esos dichosos días, época del año en que la tierra se despereza y viste nuevas galas, para dejar impresa en el ánimo una indeleble huella de venturanza». Justa interpretación transmitida en bellas palabras. Y las bellas gemas literarias brillan donde menos lo imaginamos. Dice poco más adelante: «En tanto que el tren empujaba hacia el alba la obscura noche, el carro con su carga de juventud iba interrumpiendo la calma de los campos dormidos, como un meteoro de sonridades, de violines, de corso y de risas».

Historiador documentado de aquella época tan hermosa para muchos, no podía dejar de relatar las características de la «Roseola», fraternidad celular secreta, de carácter político-estudiantil. Eramos antagonistas Camarones y Espiroquetas, pero siempre usamos armas de caballeros. Peleábamos elecciones de Directorio del Centro de Estudiantes, pero en las Fiestas de la Primavera juntábamos nuestras risas y nuestras canciones. De paso recuerda también a «Los Caimanes», especie de capilla artística donde junto a algunos Espiroquetas, oficiaban numerosos artistas: pintores, músicos, poetas y cómicos. Algún día se escribirá la crónica de los alegres acontecimientos que forma-

ron la vida de los Caimanes, y será gracias a la luz proyectada por los recuerdos de Humberto Vera, que se podrá reconstruir este pedazo lírico de nuestras vidas que ya va pareciendo tan lejano.

Conocedor profundo del alma humana, como humorista de calidad, al recordar la Revista Lux del Centro de Estudiantes de Medicina, tantas veces nombrado, dice: «Fué en Lux donde, por primera vez supieron algunos del olor de la tinta de imprenta, la que, de acuerdo con lo que los entendidos afirman, es causa de una intoxicación incurable, en algún aspecto comparable con los apetitos del tigre cuando ha saboreado carne humana».

Y nos hallamos ya casi al final de estas evocaciones, con la historia documental de las primeras Fiestas de la Primavera. Esta explosión primaveral de la alegría de la juventud, que se tradujo en farándulas multicolores, en bailes carnavalescos, en veladas bufas, circos universitarios, concursos de affiches, etc.; rompió bruscamente la monotonía del Santiago colonial, penetró en el corazón de la sociedad toda y se constituyó en institución nacional. Lástima que con el correr de los años, esta fiesta netamente de los estudiantes haya pasado a otras manos, que no siempre han sabido mantener la pureza y la espontaneidad de las primeras.

Sus recuerdos son precisos: hace desfilas ante nosotros los personajes más importantes de la farándula en sus diversos escenarios, dando una sensación «estereoscópica» de hechos recientes.

El libro posee además dos capítulos finales. «Veinte años después» y «Apéndice».—Para escribir el primero, el autor concentró a Camarones y Espiroquetas en Santiago en una comida en celebración del Vigésimo Aniversario de la primera Fiesta de los Estudiantes. Esto demuestra que Humberto Vera ha venido juntando los elementos para su obra y condicionando los acontecimientos últimos, con cariño y talento. En «Veinte Años Después», veremos surgir en la tibia noche santiaguina, a Ca-

marones y Espiroquetas, estrechamente unidos, con el aspecto externo de los hombres maduros, algunos ostentando la clásica curva de la felicidad (?) y casi todos con nieve sobre las sienes, pero demostrando que sus corazones arden todavía con el fuego inextinguible de la eterna juventud.

El capítulo «Apéndice» que es el final de la obra, es un museo de cosas de aquellos tiempos: estadísticas; datos sobre exámenes de grado, programas de teatro, canciones, versos, etc. Quien los lea sentirá la emoción de hallar entre las hojas de una antigua novela, un botón de rosa, extendido, seco y amarillento, cuyo perfume todavía perceptible, nos hará soñar en tantas cosas amables y lejanas.

Hemos terminado el análisis del libro y nos hemos quedado meditando si este comentario habrá cumplido el propósito que nos trazamos. Interesar en su lectura a médicos y pacientes, a los jóvenes de aquella generación (?) y a los de la presente. Aquéllos, cual más cual menos, podrán rememorar su propia novela y éstos, hacer comparaciones y pensar que es necesario mantener encendida la antorcha de los ideales de la juventud para que los acompañe durante toda su vida.—Quillota, enero de 1947.—DR. ALEJANDRO VÁZQUEZ ARMIJO.



«LAUREL DESPIERTO», por Víctor Castro.—Ediciones «ACANTO»,
Santiago de Chile, 1946.

En 1941, nos cupo comentar el primer libro de poemas de Víctor Castro, intitulado «Víspera en Llamas», en un gran esfuerzo crítico verificado por la revista «Atenea» y que intitula-
mos «Zodiaco de la Poesía Chilena en 1941». (Apareció publica-
do en 1942). Este artículo desencadenó las iras de Víctor Castro sobre nosotros, por cuanto hicimos un examen en exceso exhaustivo de su primera obra, a fin de someter a un severo análisis la